

Para recordar cómo era mi vida antes de llegar a la casa de Roger Dembrais, podría empezar diciendo: “En esa época yo tenía veinticinco años y no abría un libro ni por error”, lo cual sería tan verdadero como decir: “Hasta la primavera de 1991 trabajé en una oficina insufrible”, o: “Tenía poco dinero, el cine de los domingos había dejado de gustarme y estaba harto de Buenos Aires”. Sin embargo, para resumir lo esencial de esos tiempos difíciles que me condujeron a la mansión de Dembrais, sólo bastaría con decir lo siguiente: “Lucía acababa de abandonarme”.

No nos separó la intolerancia de los que no son aptos para el concubinato; nosotros nunca llegamos a convivir. Según Lucía, el final de nuestro noviazgo era inevitable por algo que ella —en un tono empresarial

que adoptaba cada vez con mayor fanatismo— definió como “una total falta de perspectivas”. Primero pensé que ella decía que lo nuestro “ya no era viable” sólo por su comprensible temor a dar el paso de irnos a vivir juntos. Luego entendí que no era por eso, sino porque Lucía había abrazado el ideal competitivo que le habían instilado en la universidad (una privada donde ella estaba por terminar la carrera de Administración de Empresas) y lo había extendido al resto de su vida. Creo que Lucía comenzó a cotejar la imagen futura que tenía de sí misma con la que tenía de mí: pronto ella sería una *administradora*; yo siempre sería un *administrativo*, un lastre que apenas había cursado un bachillerato. Mis experiencias laborales en la financiera, que al principio Lucía escuchaba con interés, dejaron de impresionarla cuando entró de ejecutiva en una compañía extranjera recién llegada al país.

Hay cierta relación simbiótica entre el amor y la admiración. Para Lucía yo dejé de ser admirable en cuanto reparó que mis posibilidades profesionales eran bastante limitadas. Debo decir que yo no me sentía capaz de mejorarme. No podía ni pensar en estudiar: la oficina demandaba todo mi tiempo, era mi único ingreso y no me atrevía a dejarla, aunque Lucía machacara con reclamos recurrentes como “así nunca vamos a tener

una casa propia”. Era verdad: mi capacidad de ahorro era mínima y era difícil que consiguiese un trabajo mejor.

Sus comentarios se volvieron cada vez más filosos y yo pasé a suponer que sus nuevas ideas ya no eran instigadas por la entidad abstracta de la universidad, sino por alguien concreto: sospeché de sus jefes, compañeros y profesores. La tarde en que me descubrió espiándola en el bar de la facultad, no oculté mis razones. Lucía enloqueció. Me golpeó con su cartera enfrente de todos y salió gritándome: “Ernesto Funes, sos la persona más inmadura que conocí en mi vida”.

De ahí todo pasó al campo del teléfono o del portero eléctrico de su edificio. Ella se mostró resuelta a dejarme y yo llegué a extremos que me avergüenza confesar. Evoqué nuestros tiempos felices, lloré y supliqué, pero fue peor: Lucía se convenció de mi inferioridad, me gritó que no me aguantaba más y amenazó con llamar a la policía si yo volvía a aparecer por ahí. Después, borracheras, berrinches, encierro y silencio. Me había quedado solo.

De culpar a la universidad, pasé a culparla a ella; luego, a mí; y de ahí, a responsabilizar de todo a mi esclavitud oficinesca. Mi rutina laboral se volvió intolerable, tanto que por fin hice lo que no me había animado a hacer antes: renuncié. Me dije que así podría dedi-

carle el día entero a buscar un trabajo que me permitiera volver a tener “perspectivas” de reconquistar a Lucía. Supongo que acepté el riesgo porque quería demostrarle (o demostrarme) que podía progresar.

Nunca en mi vida estuve tan deprimido. Debía buscar trabajo, pero me levantaba tarde y a veces ni siquiera compraba el diario. Otras veces salía temprano y lleno de optimismo, pero terminaba deambulando por las calles hasta la noche. Mi renuncia tuvo un efecto devastador: ahora mi departamento y la ciudad entera me resultaban tan insoportables como antes la oficina. Todo me agobiaba: las ineludibles opiniones meteorológicas de los taxistas, los sudores exprimidos en el subte, la intransigencia futbolística exaltada en cada bar o café, la agresión del tránsito... Incluso el cine, que antes había aliviado el anochecer de más de un domingo, ya no era capaz de darme más que el discreto malhumor de las soledades disimuladas en una penumbra colectiva. Debido al recuerdo distorsionado de unas vacaciones de mi infancia, había germinado en mí la fantasía bucólica de que en el interior del país estaba la vida que yo quería: atardeceres lentos, mucho verde, aire puro... Espacios abiertos, que es lo que una persona joven necesita —pensaba—, y no el encierro entre moles de cemento.

En esos días amargos también descubrí que mi noviazgo con Lucía me había alejado de los viejos amigos. Había algunos a los que hubiera podido llamar, pero me frenaba que notaran que yo buscaba restablecer el vínculo sólo porque había sido abandonado. Quizás por eso me alegré tanto cuando me encontré de casualidad con un ex compañero de la secundaria, Hugo Almeida. Casi nos damos un cabezazo al doblar en la esquina de Córdoba y Callao.

Un abrazo más tarde, nos metimos en un café a conversar. Antes de las anécdotas estudiantiles de rigor y los chismes incompletos sobre la vida de otros compañeros a los que ninguno de los dos ya casi veía, cumplimos con ese ritual en el que cada uno debe resumir su vida desde la escuela hasta el presente. Ambos resúmenes fueron breves, no por un exceso de síntesis, sino porque nuestras vidas no estaban plagadas de aventuras. Yo le conté de mi separación, de mis dificultades económicas y también de mi hastío urbano. Por su parte, Almeida se había casado, tenía un hijo, vivía en Temperley y trabajaba en el correo.

Al despedirnos, intercambiamos nuestros números y direcciones. Una semana después, el timbre del teléfono me arrancó de la cama. ¿Lucía?

—¡Hola, Funesto! Almeida habla.

Mi viejo apodo de la secundaria matizó mi decepción con un humor que condimentó el resto de la conversación. En su ronda por la provincia, Almeida se había enterado de que en cierta casa necesitaban gente. Era un caserón con un gran parque y, como la noticia se la había dado (sin más detalles) el jardinero, Almeida creía que el trabajo ofrecido estaba relacionado con la jardinería. Hugo se ofreció a llevarme hasta la casa, a la que en los últimos meses le había tocado ir cada quince o veinte días. Una vez ahí, yo podría hacer mis propias averiguaciones. La oferta de trabajo era difusa y de jardinería yo sabía poco, pero mis magros ahorros ya casi se habían extinguido: me urgía trabajar. Quedamos en que Hugo me avisaría cuándo iríamos. Quince días después, llamó: había un envío para esa casa. Almeida lo había retenido para que pudiéramos llevarlo juntos.

Al día siguiente, bien temprano, tomé el tren a Temperley. Hugo me presentó a Marisa, su mujer, y me mostró su casa. Un hogar cálido, una linda mujer... Tuve que disimular unas fugaces ráfagas de envidia. Después de desayunar, nos despedimos de Marisa y viajamos en tren hasta Adrogué. En la sucursal del correo, subimos a una furgoneta repleta de correspondencia.

Salimos hacia el sur. Nuestro reparto de cartas y paquetes parecía no tener fin. El paisaje se repetía una

y otra vez, demostrando que íbamos y veníamos siempre por los mismos caminos. Una de dos: o yo no entendía bien la efectividad de un método que, a pesar de eso, era el usual en el oficio postal de cualquier parte del mundo, o era testigo de la afamada ineficiencia del correo estatal. En la oficina de Claypole, volvimos a llenar la furgoneta para seguir tachando y retachando el partido de Almirante Brown. Cerca de la una, paramos para comer. Luego de una larga sobremesa, seguimos viaje.

—¿Falta mucho, che? —pregunté luego de un trecho surtido de alambradas y tranqueras.

—No, ya entramos en la zona de Ministro Rivadavia —contestó Almeida. Señalando la parte de atrás con el pulgar, agregó—: Las dos cajas que quedan van a ese domicilio.

Mirando la rectitud del horizonte, me adormecí. No sé cuánto tiempo después me despertaron los sacudones de la furgoneta, que avanzaba por un camino de tierra bastante maltrecho. El paisaje había perdido todo rasgo urbano. A ambos lados del camino, grandes eucaliptos cruzaban el aire con las frescuras de su sombra y su aroma. El sol, todavía lejos del horizonte, parpadeaba entre las hojas.

—¡Despertate, Funesto! Es allá.

Adelante, del lado derecho del camino, empezaba un muro largo, de ladrillo rojo. Una nueva fila de eucaliptos, ahora por detrás de los ladrillos, prolongaba esa pared hasta el cielo. Algunas enredaderas vestían aquí o allá el muro, que canceló mi ventanilla hasta que pasamos junto a un portón de hierro.

Aunque no nos detuvimos ahí, tras las rejas del portón pude ver un camino flanqueado por álamos, que iba hasta una fuente; y más allá, un enorme caserón gris de dos plantas (con techo de pizarra negra, al estilo francés), cuya galería ya se hundía en las primeras sombras de la tarde. Almeida siguió de largo, por lo que esa primera postal de la casa de Roger Dembrais se desvaneció en un instante para que otra vez se impusiera la monótona vista del murallón y la hiedra.

Cien metros más adelante, Almeida dobló a la derecha y se metió en un caminito oscurecido por un bosque de araucarias. Llegamos a un ancho y sólido portón de madera, custodiado por dos imprecisos leones de cemento. Después del portón, el extenso muro se perdía en el bosque.

—Llegamos —anunció Hugo y apagó el motor. El repentino silencio, conformado por el roce de las hojas y el canto de los pájaros, fue un alivio. Bajamos y nos acercamos al portón.

Almeida sacudió la larga cadena de una campana que colgaba en las alturas del muro: un doble tañido decreció hasta volverse inaudible tras una cortina de ladridos. Poco después se abrió una puerta recortada dentro del portón; un hombre de unos cuarenta años asomó la cabeza. Sólo la cabeza: el resto del cuerpo quedaba oculto tras el portón. Al instante se dejó ver un overjero alemán, que no paraba de ladrar. El tipo lo sujetaba con una tensa cadena.

—Basta, Otto. Sentado —le ordenó el tipo, sin gritar. El perro se tranquilizó de inmediato. Se quedó sentado, apenas jadeando por el calor.

El tipo tenía el cuello ancho como el de un boxeador. Su pelo era un cepillo grisáceo; tenía la mandíbula cuadrada y bien afeitada. La nariz parecía quebrada, como si alguna vez hubiese sido partida de un puñetazo. Su rasgo dominante era una mirada suspendida y estática: sus ojos eran cristalinos, de pupilas celestes, casi blancas de tan transparentes. En el fondo parecían arder como brasas blancas que interrogaran con una peligrosa mezcla de furia e ignorancia: los ojos de una bestia bruta y muda. Mientras hablaba con Almeida, fue asomándose: era alto y vestía ropas de trabajo bastante limpias, a excepción de las botas de goma y los pantalones, embarrados a la altura de las rodillas.

Almeida le había dado las planillas del correo y el otro las firmaba con más esmero del necesario, como si le costara. Mientras, nosotros fuimos a la furgoneta y volvimos con una pesada caja cada uno. Almeida dejó la suya en el suelo y recibió las planillas de las toscas manos del tipo. Yo también iba a dejar mi carga, pero antes el grandote me la quitó de las manos con un solo movimiento. Luego de depositarla detrás del portón, levantó la otra como si estuviera vacía.

—¿Hay más? —preguntó, mirando hacia la furgoneta. Seguía con la caja en brazos.

—Son estas dos nomás —contestó Almeida, y antes de que el otro volviera a entrar, preguntó—: disculpe, ¿todavía necesitan gente para trabajar?

El tipo ladeó la cabeza con gesto de no comprender.

—Hace quince días usted me comentó que tenían una vacante. Mi amigo vino para ver si todavía era posible... —empezó a explicar Almeida, pero el otro lo interrumpió con sequedad:

—Yo nunca le dije nada de eso a usted.

Almeida quedó congelado. Volvió a la carga con una temblorosa indignación en la voz:

—Mire, a lo mejor no se acuerda, pero lo hablamos acá mismo, hace dos semanas. Usted me preguntó si yo no conocía a alguien que quisiera trabajar tiempo

completo acá, en la casa. Yo le comenté que justo tenía un amigo que... ¿se acuerda, no? —preguntó Almeida y, más confianzudo, agregó—: ¡Pero si fue hace quince días, che! Vine con unas cajas iguales a éstas...

El tipo miró la caja que aún tenía en sus brazos. Luego me miró directo a los ojos: una bestia bruta y muda. Ningún músculo de su cara se movió para indicar que estuviera recordando o pensando. Volvió a mirar a Almeida para decirle:

—Déjeme preguntar.

Y, sin más, entró con la caja y cerró la puerta.

—Es el jardinero —me dijo Hugo—. Él mismo fue el que la otra vez me preguntó si... Ah, pero ya va a ver si nos deja clavados acá, ese hijo de puta. Le voy a gastar la campana si nos llega a clavar acá, ya va a ver...

Me dio gracia que Almeida se lo tomara tan a pecho. Prendí un cigarrillo y le ofrecí uno. Fumando, Hugo se olvidó un poco del jardinero. Yo me distraje haciendo anillos de humo que subían hasta entrar en la campana que colgaba sobre el portón, tan oscura entre las sombras de los árboles que apenas podían verse en el bronce unos signos japoneses o chinos que le daban un aire oriental un poco fuera de lugar.

Aplastaba la colilla, cuando el jardinero volvió a salir de la casa.

—Pase —dijo, dirigiéndose sólo a mí.

—Te espero acá —dijo Almeida, como si quedarse afuera hubiera sido una decisión suya.

El sol reapareció del otro lado del muro para entibiarme los hombros. Seguí al jardinero y a su perro que, disciplinado, andaba a su lado sin la cadena. Anduvimos en silencio por un recto camino de tierra. A nuestra izquierda, una amplia extensión de césped finalizaba en un largo ligustro podado con gran precisión; detrás de esa alta pared verde, asomaba un techito con las esquinas vueltas hacia arriba, como el de una lejana pagoda. A nuestra derecha, el césped bien cortado se repetía en un parque con árboles y flores.

Llegamos a una ancha cochera rectangular, con paredes de un rosa gastado (quizás antes habían sido rojas). Sus portones se encontraban levantados. Un antiguo Mercedes-Benz negro, en perfecto estado, tenía sobre el techo una franela y otros productos de limpieza para automóviles. A su lado había una camioneta Ford F-100 roja, ésta sí, bastante maltratada. En un extremo se acumulaban varias herramientas y dos cortadoras de césped idénticas, de esas que se usan para grandes parques y se asemejan a pequeños tractores. Tal vez para congraciarme con el jardinero, me salió acariciar de pasada el Mercedes y comentar:

—¡Qué bien conservado!

—Mercedes-Benz 170, modelo '52 —dijo, soltando el dato como un autómeta.

El ovejero se echó en la sombra junto a un perro lobo mucho más viejo y grande, de sucio pelaje gris, al que molestaban las moscas. Por una puerta del lado opuesto de la cochera, salimos a un enorme jardín de rosales que presidía el centro del parque. La imponente mansión apareció más adelante, hacia nuestra derecha. El jardinero frenó en seco y me señaló el camino.

—Tengo que seguir trabajando —dijo, sin que sonara a disculpa—. Siga por esta vereda: usted va a la puerta de allá. Entre y espere. El señor Dembrais lo va a atender en un momento.

Señaló una puerta lateral de la casa. Le agradecí y emprendí mi camino por la vereda de cemento. Oí que a mis espaldas me decía:

—No pise el césped...

Levanté una mano para indicarle que lo había oído. Hubiera sido mucho más rápido ir hacia la casa en línea recta, pero no quise desoír la orden de un jardinero tan robusto; seguí por la vereda rumbo al frente de la propiedad. A medio camino, ante un pedestal con una estatuilla de mármol (un ángel con cuatro caras, cada una mirando en otra dirección), la senda se dividía en

dos diagonales: la de la derecha se adelantaba hasta un invernadero, medio escondido entre unos árboles; por la de la izquierda, llegué hasta la fuente oval que ya había visto desde las rejas de la entrada. Una figurita de mármol quería beber el agua que manaba de un cuerno. Desde la fuente, volví por el camino principal hacia la casa y seguí por una veredita que la circundaba, hasta dar con la puerta lateral indicada. Volví a obedecer al jardinero: entré sin tocar y esperé.

De la novela *La casa del admirador*.

© Martín Cristal, 2007.

www.martincristal.com.ar